

formes con los de la fé; que en ciertos sucesos nuestras disposiciones sean christianas y espirituales; pero estas no son mas que unas centellas de fé, por decirlo así, que desaparecen; unos intervalos de gracia, que no interrumpen mas que por un instante el curso de nuestras disposiciones mundanas: Lo que predomina en nuestra conducta, lo que constituye el cuerpo de nuestra vida, lo que somos, aún independientemente de nuestras reflexiones, y aún quando obramos naturalmente; en una palabra, el principio constante y como universal de todos nuestros dictámenes interiores, y de todos nuestros pasos exteriores es el espíritu del mundo; no tenemos que hacer mas que sondear nuestro corazón, y nos veremos precisados á confesarlo: Pero el Espíritu de Dios no habita en donde reyna el espíritu del mundo: Es verdad que suele impelernos, excitarnos, inspirarnos santos deseos, despertar nuestra poca fé, pero no reyna en nuestro corazón; llama á la puerta, pero aún no le hemos recibido; deja caer en nuestra alma algunas centellas de su divino fuego, pero no ha venido él mismo á habitar en él.

Pertenece pues, todavía al mundo y á su espíritu; bajo unas exterioridades religiosas y arregladas conservamos un corazón mundano; con apariencias de vida estamos aún en la muerte y en la culpa; y acerca de esto rara vez nos examinamos; juzgamos de nosotros mismos por la conducta exterior, que es irreprehensible, y por ciertas obras de religión á que el mundo dá el nombre y la reputacion de piedad; pero no cuidamos de preguntarnos ¿es el espíritu del mundo, ó el de Jesu Christo, quien me gobierna, y quien me anima? Si aún me parezco al mundo en mis deseos, en mis alegrías, en mis fines, en mis juicios, en mis pesares, en mis deseos, en mis delicadezas, en mi soberbia, finalmente, en todas las disposiciones de mi corazón, no pertenezco al Espíritu de Jesu-Christo; luego aún

aún es el mundo el espíritu invisible que me anima y me posee; si mi corazón no se muda y se renueva, pereceré con el mundo, pues él está ya juzgado, la salvacion no es para él, y su condenacion es inseparable de la mia, mientras que yo no forme mas que un mismo espíritu y un mismo todo con él. *Primera reflexión.*

Segunda reflexión: El segundo carácter del Espíritu de Dios consiste en ser un espíritu de abnegacion y penitencia. Y este carácter es consecuencia necesaria del recogimiento y vida interior de que acabo de hablar.

A la verdad, Católicos, luego que el Espíritu de Dios nos llama dentro de nosotros mismos, y hace que habitemos dentro de nuestro corazón, nos descubre lo que somos, nos hace patentes todos los horrores de nuestras pasadas costumbres, hace que conozcamos en nosotros mil pasiones y mil miserias que nos habian ocultado la distraccion y ceguedad de la vida mundana; nos manifiesta toda la corrupcion de nuestras inclinaciones, la hinchazon de nuestro corazón, la oposicion que tenemos al bien y á la justicia, la herida que el mundo y las pasiones han hecho en nuestra alma; nos convence de que estamos sepultados en un desorden universal respecto de los verdaderos bienes; que nuestra voluntad, nuestro espíritu, nuestra imaginacion, nuestros sentidos, y nuestro cuerpo, todo está desordenado en nosotros, y rebelado contra el orden, contra la verdad y la justicia: *Arguet mundum de peccato.* (a) dice Jesu Christo.

Es, pues, imposible que descubriendonos este oculto y universal desorden de todas las dificultades de nuestra alma, no produzca en nosotros dos disposiciones: la primera restablecer el orden que ha turbado

en

(a) Joan. 8. v. 36.

en nosotros el pecado : la segunda , vengar la justicia de Dios ultrajada con este desorden.

Dixe en primer lugar , *restablecer el orden que ha turbado en nosotros el pecado* , porque las luces de que llena al corazon el Espiritu de Dios , no son luces esteriles , sino unas luces vivas y eficaces ; este espiritu obra en todas partes donde se halla , y hace amar las verdades que enseña , porque muda el corazon á quien ilumina. Las almas mundanas pueden , á la verdad , conocer el desorden de su corazon , y la corrupcion de sus inclinaciones ; pero solo lo conocen por las inquietudes que padecen , y no por la turbacion del buen orden ; y como estas luces no son mas que secretas reprehensiones del amor propio , aunque hagan aborrecer sus males , no hacen amar el remedio.

Peró una alma renovada con el Espiritu de Dios aborrece en sí todo quanto vé que se opone á la verdad y á la justicia. Las nuevas luces , que casi en cada accion la manifiestan el desorden de sus afectos , é inclinaciones , la animan con un santo zelo para encaminarlas al orden y á la regla.

De este modo , á proporcion que conoce en las particularidades de su conducta que su corazon , corrompido aún con la soberbia , se altera con la mas leve humillacion , la busca y se la proporciona ; si vé que se entrega á antipatías y rencores secretos , le castiga precisandole á demonstraciones exteriores de complacencia y caridad ; si vé que tiene inclinacion violenta á las distracciones y deleytes , le castiga con el recogimiento y el retiro ; si ve que aún conserva inclinaciones viles y frivolas á el adorno , y á la vanidad , le reduce á la sencillez y á la modestia ; si vé que los deseos de agradar inficionan aún todas sus acciones , huye de las ocasiones , ó desprecia los medios ; si vé que ciertas obligaciones le hallan aún repugnante y rebelde , añade á ellas obras de supererogacion , para que

que obligandole á pasar mas adelante , se le haga mas soportable la regla.

Finalmente , pone todo su cuidado en restablecer en su corazon con continuas violencias el orden que las pasiones injustas habian turbado en él : Nada se perdona ; detesta lo que no puede corregir ; quando los cuidados y los esfuerzos son inutiles , recurre á los gemidos , y padece mas con las miserias que aún no puede curar , que con las violencias que se hace para libertarse de aquellas de que la purifica la gracia.

Esta es la primera disposicion para este espiritu de abnegacion y penitencia , que obra en nosotros el Espiritu de Dios ; y de aquí podemos facilmente inferir si le hemos recibido , ó si aún vivimos con el espiritu del mundo.

Porque el espiritu del mundo es un espiritu de pereza , y de falta de mortificación ; es espiritu indulgente para todas nuestras desarregladas inclinaciones , cuidadoso de satisfacerlas , y habil en justificarlas ; un espiritu de amor propio , que las gobierna y detiene acerca de las transgresiones esenciales , para escusarse de los remordimientos , pero que en todo lo demás se entrega y deja arrastrar de ellas ; porque no debemos creer que el espiritu del mundo nos guia siempre á desordenes torpes y manifiestos ; es un espiritu artificioso , que , como el Espiritu de Dios , sabe tomar diferentes formas : *Multiformis spiritus* ; lo que intenta es corromper el corazon , y desordenarle ; con tal que lo consiga , poco le importa el que sea por medio de pasiones torpes , ó de una multitud de inclinaciones mundanas , las que aunque puede suceder que consideradas cada una de por sí no sean pecaminosas , no obstante estando juntas , y subsistiendo habitualmente en el alma , forman un corazon mundano , y un estado de muerte y de pecado , que nos separa de Dios , y nos priva de su Espiritu , como la vida mas culpable.

Y así llamo corazón mundano y vacío del Espíritu de Dios, en una vida por otra parte arreglada, á un corazón nada mortificado, enemigo de la violencia, y que en todo lo que mira á sus deseos, ó indiferentes, ó levemente malos, no busca más que su satisfacción, sin saber contradecirse en nada; á un corazón que no quiere privarse de nada de quanto le separa visiblemente de Dios, y que aún en las obligaciones esenciales estiende la pereza y la indulgencia para con sus pasiones hasta los últimos límites que la acercan al pecado y transgresión, aunque esta no llega á consumarse en la presencia de Dios; á un corazón que se entrega á sus rencores y á sus antipatías, con tal que no lleguen á ser un aborrecimiento mortal y furioso; á sus impaciencias y á su genio, con tal que no lleguen á ser ruidosas y escandalosas; á las diversiones y placeres, con tal, que de ellos se destierren los excesos y delitos; á los deseos de agrandar, con tal que no tengan alguna resulta notable y pecaminosa: al amor de la elevación y de la fortuna, con tal que para esto no se valgan de medios odiosos ó injustos; á buscar gustos y comodidades, con tal que no se mezclen con ellas deleites culpables; á la vanidad, y á la magnificencia, con tal que el mundo no se escandalice, y se añadan á esto algunas santas liberalidades; finalmente, á todas las mitigaciones posibles acerca de la obligación, como parezca que las mismas obligaciones quedan ilesas.

A este corazón es á quien llamo mundano, y de quien digo que no habita en él el Espíritu de Dios, porque aún subsisten en él todas las inclinaciones del mundo; pues el Espíritu de Dios hace en nosotros, como dice el Apostol, divisiones y separaciones dolorosas; arranca, corta hasta lo vivo, llega hasta las más secretas inclinaciones de nuestro corazón, á separar la carne del espíritu, los afectos humanos de los movimientos de

de la fé, el artificio de las pasiones, de las obras de la gracia: *Vivus, & efficax pertingens usque ad divisionem anime, & spiritus. (a)*

¿Es este, pues, el espíritu que hemos recibido? Es verdad que nuestra vida presente está esenta de los grandes delitos, ¿pero qué violencia hacemos á todas nuestras inclinaciones? ¿Quánto nos cuesta el combatirnos á nosotros mismos, y el vencernos? ¿Qué cosa negamos á nuestro corazón, y á nuestros deseos? ¿Qué adelantamos con los ejercicios de piedad, de la que hacemos profesión, sobre nuestras inclinaciones desarregladas y mundanas? ¿En qué parte de nuestra vida se hallan los sacrificios y las violencias? El mundo nos lisonjea; la proporción de nuestro estado nos lo facilita todo: La malicia de los hombres nos ofrece mil ocasiones de violentarnos, ¿pero en dónde están las que nos proporcionamos nosotros? ¿Dónde están las que la fé nos hace indispensables, y á las que nos impele el espíritu de Dios? ¿Qué es lo que padecemos para ser de Dios? ¿Qué cuesta esto á nuestras pasiones, á nuestras comodidades, á nuestra pereza? La regularidad de nuestras costumbres acaso es efecto del temperamento, ó de la circunspección que nos impone la edad y el mundo: Nada nos ha costado el llegar á este estado; de este modo, no negando nada por otra parte á nuestras inclinaciones, toda nuestra vida es una vida falta de mortificación, y llena de pereza, sin que en nosotros se halle ninguna violencia, ninguna abnegación, ningún sacrificio de nuestros mundanos afectos, y consiguiétemente aun somos del mundo, y el espíritu de Dios no habita en nosotros.

La segunda disposición de este espíritu de abnegación y de penitencia, que es el carácter del espíritu de

(a) *Heb. 4. v. 12.*
Tom. II.

de Dios, es el vengar la Justicia Divina, ultrajada con el desorden de nuestras pasiones; quiero decir, que la violencia nos es indispensable, no solamente por la necesidad que tenemos de reglar y reformar nuestro corazon, reprimiendo sus desordenados afectos, sino tambien por la obligacion en que estamos de satisfacer á la Divina Justicia, á quien hemos irritado con el desorden de nuestros afectos; este es el primer pensamiento que el espiritu de Dios obra en una alma renovada; la hace que tome parte en los intereses de la Divina Justicia contra sí misma; la penetra con el temor de sus juicios; la anima con un santo zelo contra una carne que ha servido á la iniquidad. El espiritu que os prometo, decia Jesu-Christo á sus Discipulos, convencerá al mundo en orden á la justicia, y en orden al juicio: *Arguet mundum de justitia, & judicio.* (a) Esto es, dará á conocer á los hombres quán responsables son á la Divina Justicia de sus desordenes; quánto deben padecer para satisfacerla; quánto he padecido yo mismo por reconciliarlos con ella; y hasta qué punto pide la Justicia que el pecador se castigue á sí mismo para espiar sus delitos, y prevenir la severidad de los juicios del Señor, que no puede dexarlos sin cartigo: *Arguet mundum de justitia, & judicio.*

Para conocer, pues, si hemos recibido el espiritu de Dios, no tenemos mas que hacer que entrar dentro de nuestro corazon: ¿Advertimos en nosotros aquel zelo de penitencia, que no se satisface ni con las lágrimas, ni con los gemidos, ni con las mortificaciones, porque nunca se persuade haber suficientemente satisfecho á la Justicia Divina? ¿Hacemos de las obligaciones de nuestro estado, de las incomodidades inseparables de la vida hu-

(a) Joann. 16. v. 8.

humana, de todas las criaturas que nos cercan, otras tantas ocasiones de sacrificios y sufrimiento? ¿Nos quejamos en la presencia de Dios de la flaqueza de nuestra carne, y de que no podemos hacer de ella, con rigurosas satisfacciones, el instrumento de nuestra penitencia, como lo fue de nuestros delitos? ¿La castigamos á lo menos segun sus fuerzas, aun quando nuestra cobardía y flaqueza no nos permitan pasar mas adelante? ¿Nos miramos como pecadores á quienes están prohibidos todos los deleytes, y que solo pueden evitar la muerte eterna que por sus pecados han merecido, condenandose á una muerte temporal, esto es, muriendo todos los dias con la penitencia al mundo, á su carne, á sus deseos, y á todas las criaturas?

¡Ah! Todos nuestros cuidados se reducen á alhagar á una carne á quien la Justicia Divina mira con horror, y con ojos de indignacion y furor; solo somos ingeniosos para justificar en nosotros mismos nuestra falta de mortificacion, y nuestra sensualidad: Miramos la obligacion de la penitencia, que nos es necesaria y esencial respecto de nuestros pasados delitos, como una obligacion indiferente y de supererogacion; en vez de estar animados de un santo zelo contra nuestro cuerpo, tenemos horror á todo lo que le molesta y mortifica; en vez de tomar parte en los intereses de la Justicia Divina, pleyteamos continuamente en nuestro favor contra ella; nos desagrada el que pida tanto á nuestra flaqueza; nos parece que sus pretensiones son excesivamente severas; mitigamos el rigor de sus máximas; las interpretamos en favor de nuestro amor propio; minoramos sus derechos, aumentando los de nuestra concupiscencia; finalmente, amamos mas á nuestro cuerpo que á la Justicia de Dios que pide su castigo; y el espiritu que nos anima no es espiritu de zelo y de penitencia, inseparable del

espíritu de Dios, sino un espíritu de carne y sangre, que nunca llegará á poseer el Reyno prometido á la Cruz y á la mortificación.

Tercera reflexion. Finalmente, el ultimo carácter del espíritu de Dios es ser un espíritu de fuerza y de valor: como este es un espíritu que venció al mundo, trastornó los Idolos, aniquiló las supersticiones, confundió las preocupaciones, condenó los errores y las sectas, combatió contra las pasiones; en una palabra, como es un espíritu mas fuerte que el del mundo, no teme al mundo: Por eso los Apostoles, antes flacos y timidos, á quienes habia intimidado la voz de una muger, dispersos por la muerte de Jesu-Christo, y que escondidos en Jerusalén no se atrevian á exponerse al furor de los Judios, y dar testimonio de la inocencia de su Maestro, y de la verdad de su doctrina, luego que descendió sobre ellos el espíritu de Dios, ya no conocen estos temores; se manifiestan con una santa confianza en medio de Jerusalén; anuncian en presencia de los Sacerdotes y Doctores á aquel Jesus, de quien antes no se atrevian á declararse por Discipulos; no solo no temen los públicos discursos, sino que desprecian sus amenazas; desafian á los suplicios; responden con valor que es mas justo obedecer á Dios que á los hombres; y como si la Judéa no presentara bastantes peligros, ni bastantes persecuciones á su valor, se derraman por todo el Universo, y ni la ferocidad de los mas bárbaros Pueblos, ni el horror de los tormentos, ni la crueldad de los Tyranos, ni la esperanza de la muerte mas terrible, ni el mundo entero, levantado contra ellos, hace mas que aumentar su firmeza y su constancia.

Asi es el alma que está llena del espíritu de Dios; de aquel espíritu que ensalza ó humilla á las personas segun su gusto; que se burla de los grandes y poderosos; que trastorna ó asegura los nombres y las

for-

fortunas; que forma ó destruye los reynos y los Imperios: Aquel espíritu, origen de toda grandeza en el cielo y en la tierra, y en cuya presencia son nada todas las cosas; eleva al alma á quien llena sobre sí misma; la hace participar de su grandeza y de su soberanía; imprime en ella sus divinos caracteres de libertad y de independencia; la lleva hasta el Seno de Dios, desde donde mirando esta alma todo el Universo, las grandezas y poder de la tierra no la parecen mas que un átomo vano, incapaz de intimidarla, y aun indigno de su vista y atencion.

No hay cosa, pues, que iguale á la elevacion, nobleza, y firmeza de un alma á quien posee el espíritu de Dios. La elevacion y firmeza que da el mundo siempre está mezclada de condescendencia y de baxeza, porque siempre está sujeta al mundo, y depende de él por alguna parte; mientras estamos unidos al mundo siempre le tememos, pero una alma justa no le teme, porque no está unida á él; sus juicios la son indiferentes; sus discursos y burlas no la inquietan mas que el sonido de una campana que resuena; hace gala de la virtud delante de los mismos que la desprecian; solo cede á la verdad; solo atiende á la caridad; no usa de aquellas tímidas condescendencias en que padece la piedad, y que en vez de edificar á los pecadores que nos las piden, los confirman en sus injustos errores. Considerad hoy á los discipulos; su zelo es tratado de embriaguez, y su zelo se inflama mas; los tienen por locos, y la injusticia de los públicos discursos solo sirve de confirmarlos en su santa locura; los miran como engañadores, y no hacen mas para atraer al mundo á su favor, que lo que hicieron para que se declare contra ellos; esto es, condenarle, edificarle, y reprehenderle.

El espíritu del mundo es un espíritu de lisonja y artificio; como el amor propio es el principio de él, solo busca la verdad en quanto esta puede agradarle; no se

de-

declara en favor de la piedad, sino quando esta halla partidarios favorables; no hace alarde de la virtud, sino en los lugares en que la virtud le honra; y este es el espíritu que nos rige y gobierna, un espíritu de timidez y de condescendencia: teme declararse por la parte de Dios, y en todas las ocasiones en que es preciso declararse es fácil, y se acomoda á todo; por eso quando es preciso exponernos por su gloria á la burla y censura de los hombres, retrocedemos, y con una falsa prudencia disimulamos nuestra cobardía; y quando se trata de desagradar, por no faltar á las obligaciones, tenemos por legitima la transgresion, y lo primero que se examina en las acciones que Dios nos pide, es si serán del agrado del mundo; y por no perder la estimacion del mundo parecemos tambien mundanos, hablamos segun su estilo, aplaudimos sus máximas, nos sujetamos á sus costumbres, y aun por evitar el ser molestos seguimos sus placeres, tomamos parte en sus distracciones, y acaso participamos de sus delitos.

Si nos juzgamos con sinceridad á nosotros mismos, confesaremos que este es nuestro caracter; toda nuestra vida no es mas que un tegido de artificios y de condescendencias reprobadas por la Ley de Dios: en todas las ocasiones sacrificamos las luces de nuestra conciencia á los errores y preocupaciones de aquellos con quienes vivimos; conocemos la verdad, y no obstante la retenemos con injusticia; alabamos las máximas que la contradicen, y no nos atrevemos á resistir á los que la condenan; sacrificamos continuamente á la lisonja, y al deseo de agradar, mil cosas que nos reprehende nuestra conciencia, y aun de las que nos separa nuestra inclinacion; en una palabra, no vivimos para nosotros mismos y para la verdad, vivimos para otros y para la vanidad; queremos agradar; no podemos vivir sin el mundo; nos unimos á él por fines de gloria, de fortuna, de establecimiento, de credito, de reputacion, de diversion, y aun de

de amistad y sociedad; y de aqui proviene que quando concurre la verdad con alguna de estas pasiones, y que es necesario declararse por ella, la abandonamos, acomodandonos al tiempo; disimulamos, é ideamos falsas máximas para justificar nuestras injustas condescendencias; nos persuadimos á que la vida del mundo, á que estamos ligados, nos los hace inevitables; por eso toda nuestra vida se pasa en condescender con los hombres, en acomodarnos á sus pasiones, en seguir sus exemplos, y en acceder á sus máximas; no tenemos constancia, resistencia, ni valor; todo nos hace titubear; todo nos arrastra. La condescendencia es el principio de toda nuestra conducta, y sin tener acaso vicios en nosotros, nos hacemos culpables de los de los demás, y no nos ejercitamos en virtud alguna.

No obstante como en nuestro corazon conservamos alguna reliquia de amor á la verdad, como no nos entregamos al mundo sino por fuerza, como evitamos los grandes desordenes, y como nos distinguimos de él por acciones exteriores de piedad, creemos que no somos suyos, como aquellas almas mundanas á quienes tiene embriagadas: Pero nos engañamos; á lo menos es constante que no pertenecemos al espíritu de Dios; que no es él quien nos gobierna y nos posee, porque este Divino espíritu es un espíritu de fortaleza, de firmeza, y de valor; no teme al mundo porque le desprecia; no intenta agradar al mundo, porque está crucificado para él; no busca la aprobacion del mundo, porque él es juez de sus juicios; no intenta adquirir la amistad del mundo, porque es su enemigo; no se dexa llevar de los exemplos del mundo, porque le ha vencido: El caracter mas opuesto al espíritu de Dios es este caracter de cobardía y condescendencia, y la mas segura señal de que Dios no está en el corazon, y que aun somos del mundo, es quando le tememos mas que á la verdad; quando le servimos á costa de la verdad; quando queremos agradar-

darle á pesar de la verdad, y quando continuamente le sacrificamos la verdad.

¡Gran Dios! Derramad hoy en nuestros corazones este triplicado espíritu de recogimiento, de abnegacion, y de firmeza, que derramado en otro tiempo sobre vuestros discípulos los hizo nuevos hombres, vencedores del mundo, y testigos de la verdad; aniquilad en nosotros este espíritu del mundo, este espíritu de distraccion, de falta de mortificacion, de condescendencia, y de cobardía, que tanto tiempo há cierra en nuestros corazones la entrada á vuestro Divino espíritu; renovad en este día nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras inclinaciones, y nuestros pensamientos; venid espíritu de verdad á nuestros corazones; ocupad el lugar del mundo miserable que nos desagrada, y á quien no tenemos valor para desagradar; y despues de haber establecido vuestra morada en nosotros acá en la tierra, haced que seamos templos eternos de vuestra gloria, y de vuestra verdad. Amen.



SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA ASUMPCION

DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS,
y la gloria de la muerte de Maria
Santisima.

*Indica mihi quem diligit anima mea, ubi pascas,
ubi cubes in meridie.*

O tú querido de mi alma, dime donde está el lugar de tu descanso, y de tus pastos eternos. *Cant. 1. v. 7.*

DE este modo se explica el alma fiel en la tierra, separada de su esposo, porque aun se le ocultan las nubes de su mortalidad, no hallando en el mundo cosa alguna que pueda consolar su amor en esta ausencia, sino la esperanza de que se ha de acabar presto; suspirando continuamente por aquel feliz instante que la ha de abrir el cielo, y manifestarla el Es-